

DE BUENAS LETRAS

Libros primeros

ARCADIO ORTEGA MUÑOZ
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Y perderían turgencia las palabras que al paso escuchaba en la calle, el gesto de una niña, la risa de un anciano, o el parque que extendía su espesura y su lumen antes de que naciera el amor compartido, el brillo de unos hijos que crecieron alegres, las ciudades amigas que me reconciliaron con la urbe y su trampa, y saber que mañana era fruto de hoy, vivencia de los sueños nunca bien perseguidos, y el cuidado y la nostalgia cuando el rincón de siempre se apresta hacia ese áurea de la música lenta, la penumbra propicia, un sabor a silencio y ese libro buscado, asido entre las manos para poder vivir la noche y su esperanza, cuando todo es paisaje de otros tiempos lejanos que quedó en los versos de los libros que vivo y que jamás querría cambiarles ni una coma, aunque tengan sus faltas y yo se las conozca, y acaso me reprendan los íntimos amigos que saben de mi his-

toria, que conocen mi obra, que aconsejan honestos y esperan una oferta muy digna y muy cuidada pero que no tendría la impronta juventud del momento de entonces, ni la rabia salvaje con que fueron nacidos si yo los mutilaba cuidando sus arreglos con las normas más rígidas, esas que me aprehendieron los tantos profesores que he leído en los textos, escuchado en estrados y bebido en tabernas de tinto, orujo y menta, y que quizás olvido.

Auspicio, sin mirar ni tocarlos, los íntimos peldaños que componen una etapa vivida de mi historia consciente: los diez primeros libros. Ya sé que tienen máculas visibles, apreciables, y otras tantas ocultas que al escarbar despacio se suben ruidosas, tangibles, hasta la superficie tersa, delatora, rugosa entre las uñas, pero son los errores de mi pluma y mi estilo, que yo asumo y conozco y los respeto siempre porque si los limara perderían su verdad estos

pobres poemas que tuvieron turgencia de luz en su destino, fueron cauce propicio o grito o perspectiva, hasta alcanzar el desahogo cierto de catártica voz en que sumía cada eslabón de vida, cada espasmo, los tantos sinsabores, las querencias, y esos deseos irremediables, puros, con que quería conjurar el futuro lejano para que hoy, ya ayer y muy distante, me contaran mi ser por si ya estaba muerto el día de la lectura, en esa perspectiva de los zombies que alinea la sociedad en cuadrantes y esparcen su costumbre de existir y mirarse a contraluces siempre.

Y ya no escribo más, esto de lo que hablo, son los trozos de historia y el mar de sus latidos, un ángulo muy amado de mi biografía; y todo lo que aporta su delito y su savia, el ser que hoy existe como un verbo que quiso ser poeta y parece. Amén de otras cosas que fueron intangibles y aún, a ciencia cierta, no podría definir, pero si acaso escarbo, si vuelvo a la espelunca y fuerzo las distancias y aparto los fantasmas que surgen por doquier, encontraría un espacio, perfecto y deslumbrante, donde cruzaran ríos en catarata hermosa, hasta llegar al lago, donde en feliz nostalgia, recibiera sus aguas como un nuevo Jordán beatífico y puro, para poder soñar en los sueños de siempre, los sueños perseguidos hasta vivir en ellos, y morir si es preciso abrazado a sus sueños, que fueron tan reales como mi realidad, la que vivo y fecundo y ofrezco como un grito de mi fraternidad.